

te su delito. No quedando duda ninguna de su culpabilidad, fué sentenciado á muerte. No se le concedió de vida mas que el tiempo necesario para que se dispusiese á morir como cristiano. Entró á confesarle el sacerdote Juan Diaz, y poco despues fué ahorcado de una de las ventanas de su alojamiento, donde permaneci6 colgado por espacio de algunas horas (1).

La muerte de Villafaña llenó de terror á los que se hallaban presos, pues temian haber sido denunciados por él, y recibir la misma pena; pero con agradable sorpresa vieron bien pronto lo contrario de lo que esperaban. Hernan Cortés conocia que varios merecian el mismo castigo que se habia aplicado al jefe de la conspiracion; pero juzgó que, por entonces, era mas prudente el disimulo, sin la apariencia de tolerancia, que el rigor de la justicia. Eran muchos los comprometidos, y la muerte de ellos, además de privarle de parte de la gente, de cuya cooperacion más que nunca iba á necesitar, podia originar dificultades y conflictos que, en aquellos momentos en que todo estaba dispuesto para emprender el sitio, serian un obstáculo para su pronta realizacion. Hernan Cortés, con su claro talento y el conocimiento que tenia del corazon humano, ocurrió á un medio, con el que juzgó poder evitar dignamente el castigo de los culpables, sin dar á conocer que descuidaba, en lo mas leve, la vara de la justicia. En las dificiles circunstancias que le rodeaban, procuró encontrar la manera de convertir en leales servidores á los mis-

(1) «Y despues que se confesó con el padre Juan Diaz, le ahorcaron de una ventana del aposento donde posaba.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conquista.

mos que habian dispuesto su muerte. Creyó que la pena impuesta al jefe de la conspiracion, bastaria á evitar nuevas conjuraciones, si los demás culpables llegaban á persuadirse de que nada habia revelado Villafaña respecto de sus cómplices. Entonces tratarian de manifestarse adictos, y servirian con eficacia para conseguirlo, con el objeto de desvanecer toda sospecha que pudiera tenerse de ellos. Así pensaba el caudillo español, y se propuso obrar en consecuencia con la idea. Hizo que se propalase la noticia de que Villafaña, al tiempo de ser reducido á prision, habia sacado del pecho un papel, que sin duda debia revelar quiénes eran sus cómplices, y haciéndolo pedacitos, lo habia tragado, salvando así á los comprometidos. Se añadia que nada se le pudo sacar, sino que él solo era el culpable; lo que hacia creer que no tenia ramificacion importante su plan, pues sin duda envolvía más algun resentimiento personal, que una mira política.

La noticia de que se habia tragado el papel que contenia la lista de sus cómplices y de que nada habia revelado, tranquilizó á los comprometidos. La orden que dió en seguida Hernan Cortés, mandando que se pusiera en libertad á los que habian sido aprehendidos, por precaucion, en su compañía, acabó de persuadirles de que con la muerte de Villafaña se habia enterrado el secreto para siempre. Cuando el general vió que nadie abrigaba la menor sospecha de que conocia á los individuos que habian estado complicados en la conspiracion, quiso dar el último toque al cuadro del disimulo, para tranquilizar, por completo, á los culpables. Reunió á todos sus oficiales y soldados, y les hizo saber la causa que habia habido para dar afrentosa



muerte de Villafaña. Dijo que habia muerto sin declarar quiénes eran sus cómplices y llevando consigo los secretos de la conspiracion. Manifestó que se felicitaba de ignorar si en el plan habian tomado parte algunos otros, aunque la accion de Villafaña, de tragar un papel en los momentos de caer preso, le persuadia de que tuvo cooperadores que se complacia en no conocerlos. Añadió que siempre habia procurado el bien de sus valientes compañeros de armas, aun mas que el suyo mismo, y manifestó profunda pena de que hubiese habido en el ejército una persona capaz de un crimen injustificable, puesto que nadie habia recibido la menor ofensa de su general. Hernan Cortés terminó diciendo que, si á pesar de haber procurado no inferir agravio ninguno á los que bajo sus órdenes militaban en servicio del rey y de la religion, habia algunos que se creyesen ofendidos, que lo manifestasen francamente, pues estaba dispuesto á darles cumplida y sincera satisfaccion.

Las palabras del general conmovieron á sus antiguos soldados que conocian su liberalidad y sus nobles sentimientos, y cautivaron á los que acababan de llegar al país en los últimos buques. Voces de aprobacion y de reconocimiento se escucharon en casi todas las filas del ejército, y ninguna de queja. Nadie hubo que se manifestase agraviado. Los que solo tenian disgustos ligeros, pero que siempre se mostraban fieles á su general, se creyeron satisfechos con su franca manifestacion; y los que llegaron á conspirar, se juzgaban muy afortunados con haberse librado de ser descubiertos, segun ellos creian, para que se atreviesen á formular queja ninguna.

Terminado el motivo de la reunion, los soldados se re-

tiraron, ponderando la noble franqueza de su general, terminando así la conspiracion, sin que hubiese ningun nuevo resultado desagradable.

La manera política con que obró Hernan Cortés en el delicado asunto de la conspiracion y de sus autores, revelan una serenidad y sangre fría extraordinarias, una capacidad elevada, un tacto político asombroso, un profundo conocimiento de los sentimientos que abriga el corazon del hombre. Persuadiendo que ignoraba quiénes eran sus enemigos, no se veian éstos precisados á continuar siéndolo, como se hubieran visto en caso de creerse descubiertos. Se puede esperar que cambie de conducta aquel á quien se le hace creer que se ignora su pasado y desfavorable proceder; pero no se puede esperar ese cambio de aquel á quien se le hace ver que conocemos sus defectos. Hernan Cortés, fingiendo ignorar quienes eran sus enemigos, daba lugar al arrepentimiento de ellos, y á convertirlos en amigos con su leal proceder, su conducta patriota, su benevolencia y con su generosidad.

No se equivocó el entendido general en sus conjeturas. Procurando los cómplices de Villafaña alejar de ellos hasta la mas leve sospecha, eran los mas exactos en el servicio, para desvanecer con sus obras hasta la mas leve indicacion que pudiera tenerse de su delito. Por su parte el jefe castellano procuró no alterar en nada la conducta y trato que hasta entonces habia observado con ellos, pues la menor reserva ó el exceso de una afabilidad estudiada, podia revelarles que conocia su delito. Mucho dominio necesita ejercer el hombre sobre sí mismo, para presentarse de igual manera despues de la ofensa, que antes de



ella, ante los individuos cuya deslealtad conoce. Hernan Cortés probó que lo poseía, no cambiando en lo mas mínimo sus atenciones y deferencias con los que habian estado complicados en la conjuración. No se advertía diferencia ninguna en la manera afectuosa con que trataba á sus mas adictos capitanes y la que observaba con aquéllos. Sin embargo, en el fondo de su corazon ocupaban lugar muy distinto unos y otros. Podia disimular exteriormente que conocia á los que se habian asociado á Villafañá para asesinarle; pero aunque habia roto la lista para que desapareciese la prueba de su delito, sus nombres se habian grabado en su mente para no borrarse jamás. Les trataba con agradable afabilidad; pero nunca llegó á tener ya confianza de ellos (1).

Los leales capitanes de Cortés, comprendiendo que de su vida dependia el éxito de la empresa dispuesta sobre Méjico, le aconsejaron que en lo sucesivo tuviese una guardia que velase por su seguridad, para evitar nuevas y vergonzosas conspiraciones. La indicación de los valientes oficiales y la indignación que en los soldados causó el plan contra la vida de su general revelaban el afecto que el ejército le profesaba.

Hernan Cortés agradeció el interés que manifestaban por su vida, y aceptó el consejo que le daban. Nombró, en consecuencia, una guardia de doce hombres leales y esforzados, inaccesibles al soborno, que la puso á las órdenes del capitán Antonio de Quiñones, caballero

(1) «Y dende allí adelante, aunque mostraba gran voluntad á las personas que eran en la conjuración, siempre se recelaba dellos.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

noble y valiente que siempre se habia distinguido por su firme adhesión al general (1). Esta guardia, que velaba á todas horas por la vida de su general, la tuvo durante toda la campaña, dispuesta á defenderle, así de los que tramasen cualquiera conspiración, como de los valientes aztecas.

Terminada la conjuración con la muerte de Villafañá, y nombrada la guardia para impedir que se atentase en lo sucesivo á la vida del general, solo se pensó en dar principio al sitio contra Méjico. Los trece bergantines estaban acabados, provistos de jarcias, velas, remos, y de cuanto era preciso para ponerlos en servicio. El canal mandado abrir para llevarlos de Texcoco á la laguna, se hallaba también completamente terminado. Era una obra notable. Tenia media legua de largo, que era la distancia desde la ciudad al lago; cuatro varas de profundidad y otras cuatro de anchura. Se habian ocupado en ella diariamente, hasta su terminación, que duró cincuenta dias, ocho mil indios de las cercanías de Texcoco. Las orillas estaban perfectamente estacadas para recibir el agua de la laguna, y los bergantines podian marchar hasta el lago, sin tropiezo ni peligro (2).

(1) «Y luego acordó Cortés de tener guarda para su persona, y fué su capitán un hidalgo que se decia Antonio de Quiñones, natural de Zamora, con doce soldados, buenos hombres y esforzados.»—Bernal Diaz del Castillo. Historia de la conq.

(2) «Y en esta obra anduvieron cincuenta dias mas de ocho mil personas cada dia de los naturales... La zanja tenia mas de dos estados de hondura, y otros tantos de anchura, y iba toda chapada y estacada... que cierto que fué obra grandiosa y mucho para ver.»—Tercera carta de Cortés.



Hernan Cortés dispuso que se efectuase el feliz acontecimiento de echar al agua los bergantines, el 28 de Abril, con toda la solemnidad posible.

Al brillar la luz de ese día, las tropas españolas asistieron al augusto sacrificio de la misa, con notable recogimiento y devoción. En ella comulgaron Hernan Cortés, la oficialidad y todos los soldados. Terminada la misa, se procedió á la bendición de los buques. El sacerdote fray Bartolomé de Olmedo, asistido del padre Diaz, rezó las oraciones acostumbradas en esos actos solemnes, y pidiendo á Dios su benéfica protección para aquella flota, que iba á emplearse en servicio de la cruz y en poner término á la sangre vertida en los altares de los ídolos, bendijo los buques, pronunciando el nombre que cada uno de ellos tenia.

Un gentío inmenso presenciaba la ceremonia, enteramente nueva en la bella region de Anáhuac. Todos los habitantes de Texcoco y de las ciudades comarcanas, habian ido á ver arrojar al agua las poderosas embarcaciones que debian enseñorearse de la ancha laguna, destruyendo las numerosas escuadras del imperio azteca.

Dada la bendicion, sonó un cañonazo. A esta señal se quitaron los diques colocados en el canal, y los bergantines descendieron á él majestuosamente, en medio de los gritos de entusiasmo lanzados por la multitud, las salvas de artilleria, y los vivas al emperador y Cortés dados por el ejército. Las veleras embarcaciones, deslizándose suavemente por las tranquilas aguas del canal y ostentando en sus mástiles la bandera de Castilla, fueron entrando una tras otra en la anchurosa laguna, tendiendo al viento sus blancas velas y cortando suavemente las ondas

como blancos cisnes resbalando sobre la tersa superficie de un límpido estanque. Un viento bonancible brindaba á los marinos á lucir la ligereza de sus bajeles; y colocándolos con graciosas maniobras en ala dispararon sus cañones, cuya rimbombante detonacion, resonando por la extension del salobre lago, repetia el eco de las montañas hasta espirar á lo lejos. Hernan Cortés y sus soldados se descubrieron la cabeza al ver á la velera escuadra tomar posesión de la laguna; y dominados de un sentimiento religioso, elevaron al cielo el himno de alabanza al Hacedor del mundo, entonando con emocion profunda el *Te Deum Laudamus*. A los ojos de los escuadrones tlaxcaltecas y de los indios texcocanos, tenia aquel espectáculo un atractivo sublime. Era la primera vez que veian surcar las ondas de la anchurosa laguna, buques que, por sí solos, henchidas las lonas por el viento, marchaban sin el auxilio de los remos en la direccion que anhelaban sus tripulantes. Desconocian en sus embarcaciones el timon y las velas, y miraban con agradable sorpresa á los airosos bergantines cruzar suavemente el líquido elemento, remedando una bandada de candidas gaviotas tendiendo sus alas sobre la oscilante superficie (1). No encerraba menos interés para los soldados españoles el magnífico cuadro que presentaban las veleras naves, surcando la laguna, como señoras absolutas de ella; pero entre las personas que contemplaban con agradable satisfacción la encantadora escena que

(1) «Dada la señal soltó la presa, fueron saliendo los bergantines sin tocar unos á otros, y apartándose por la laguna, desplegaron las banderas, tocó la música, dispararon su artilleria, respondió la del ejército, así de castellanos como de indios.»—Herrera. Hist. general.



les hacian prorumpir en gritos de júbilo, habia una, cuyo placer excedia al placer de todas juntas. Aquella persona miraba en los buques la realización de una idea por ella concebida; la creacion brotada de un feliz pensamiento, que la iba á conducir al logro del bello ideal que habia acariciado largo tiempo. Aquella persona era Hernan Cortés, cuyo corazon latia de satisfacción, viendo en los bergantines que señoreaban el lago y en cuyos mástiles flameaba la enseña de la cruz y el pendon de Castilla, la obra debida á su heroica constancia, y que debia hacerle dueño de la suntuosa capital de los emperadores aztecas (1).

Terminada la bendicion y prueba de los buques, el general español pasó revista á sus tropas, en los espaciosos patios de los cuarteles. Entonces vió que contaba con ochenta y seis ginetes y ochocientos diez y ocho infantes, de los cuales ciento diez y ocho eran escopeteros y ballesteros. La artilleria se componia de quince falconetes de bronce, de balas de dos libras y media, y de tres cañones de fierro de mayor calibre: habia notable acopio de casquillos de bronce para las saetas de los ballesteros, y se contaba con mil libras de pólvora (2).

(1) El historiador Oviedo, en su Historia de las Indias, ensalzando este hecho de Hernan Cortés dice: «Otras muchas é notables cosas cuenta este actor que he dicho de aqueste rey Sesorí, en que no me quiero detener, ni las tengo ac tanto como esta tranchea, ó zanja que he dicho, y los bergantines de que tratamos: los cuales dieron ocasion á que se oviesen mayores tesoros é provincias, é reinos, que no tuvo Sesorí, para la corona real de Castilla por la industria de Hernando Cortés.»

(2) «Fice alarde de toda la gente, y hallé ochenta y seis de caballo, y ciento y diez y ocho ballesteros y escopeteros, y setecientos y tantos peones de es-

El general quedó satisfecho del buen estado de salud que guardaban las tropas, de la lozanía y brillo de los caballos, y del excelente equipo del ejército. Nunca se habia hallado con los elementos que en aquellos instantes, para dar cima á la empresa de la rendicion de la capital azteca. Contaba con soldados aguerridos y conocedores del país, que se hallaban aclimatados á las diversas temperaturas de aquel fértil suelo; con numerosos ejércitos de todas las repúblicas, reinos y señoríos que se extendian por el vasto territorio de Anáhuac. Por tierra, tenia la alianza de todos los pueblos. Por agua, se encontraba dueño de la laguna, pues contaba con los gallardos bergantines que miraba, satisfecho, mecerse en las ondas, y con una grande escuadra de canoas que poseia el belicoso Estado de Chalco. Respecto de armas, se encontraban compuestos los arcabuces, que habian sufrido algún deterioro, y habia un depósito de cincuenta mil saetas, con número igual de puntas de cobre, que los pueblos aliados habian hecho con arreglo al modelo que el jefe castellano les habia dado (1).

Hernan Cortés, llenó de fé en el buen éxito de la empresa, dirigió á sus tropas una de aquellas breves, pero elocuentes alocuciones con que inundaba de entusiasmo el

pada y rodela, y tres tiros gruesos de fierro, y quince tiros pequeños de bronce, y diez quintales de pólvora.—Tercera carta de Cortés á Carlos V.

(1) «Que en cada pueblo hiciesen ocho mil casquillos de cobre, que fuesen según otros que les llevaron por muestra, que eran de Castilla; y asimismo les mandó que en cada pueblo labrase y desbastasen otras ocho mil saetas de una madera muy buena, que tambien les llevaron muestra, y les dió de plazo ocho dias para que trajesen las saetas y casquillos á nuestro real; lo cual trujeron para el tiempo que se les mandó, que fueron mas de cincuenta mil casquillos y otras tantas mil saetas.—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.